

Don Francisco Ramos. Una vida en el Herbario Nacional

En 1944, cuando llegué al Instituto de Biología de la UNAM, no sabía que existía un herbario nacional y aún menos que pasaría los siguientes cincuenta años de mi vida trabajando ahí. En ese entonces la sede del Instituto era la Casa del Lago en Chapultepec y el director era el maestro Isaac Ochoterena. Yo entré como ayudante de encuadernador, pero como era un chamaco muy inquieto y muy acomedido me convertí en una especie de comodín que lo mismo ayudaba en las tareas de jardinería que en las de carpintería o electricidad. Así que no fue raro que un día de 1948 me mandaran al área del herbario para ayudarles a montar plantas. Tenía que pegar en una base de cartón los ejemplares que recolectaban los investigadores en sus salidas al campo. La clasificación o determinación de las plantas les correspondía a los especialistas, yo sólo las montaba.

De esta manera fui conociendo las plantas y en 1958, cuando el herbario se trasladó a Ciudad Universitaria, mi suerte empezó a cambiar. Me dieron una plaza de técnico administrativo asignado exclusivamente al herbario. Para entonces ya tenía yo una memoria muy afinada y podía detectar errores en la clasificación de las plantas sólo con verlas.

El jefe del herbario era el doctor Faustino Miranda, una persona que me inspiraba mucha confianza. Gracias a ello un día me animé a comentarle un error que descubrí en una carpeta. El doctor Miranda volteó a verme y con mucha calma me preguntó que en qué me basaba para afirmar eso. Entonces comencé a darle mi explicación técnica y cuando terminé me dijo: mire Fran-



cisco, esté bien o esté mal en su apreciación, a partir de este momento lo autorizo para que usted le ponga a las carpetas el nombre que crea es el correcto. A cada carpeta que usted corrija le pone la fecha y sus iniciales.

El siguiente jefe del herbario fue el doctor Arturo Gómez Pompa. Él tenía un proyecto sobre la flora de Veracruz me invitó oficialmente a determinar las plantas recolectadas. Esa fue mi prueba de fuego. Luego vino un proyecto sobre Laguna Verde y de ahí para adelante.

En 1977 estuvieron a punto de despedirme por haber apoyado la huelga que mantuvo cerrada a la UNAM cerca de ochenta días. Yo era de los trabajadores más grillos del Instituto y no me dejaron regresar a cumplir mis labores. En 1979 comenzaba a tramitar mi jubilación cuando me encontré al doctor Mario Sousa, quien hoy es jefe del Departamento de Botánica y por lo tanto jefe del herbario, y le platicué mi si-

tuación. Me pidió que no me fuera, que lo dejará buscar una salida al problema. A la semana me habló para ofrecerme una plaza de técnico académico con la que yo podría dedicarme única y exclusivamente a la determinación de plantas. Así pase de ser un trabajador administrativo, de los que eran llamados mozos en la Casa del Lago, a ser un técnico académico que tiene su propio cubículo al lado de investigadores que tiene grados de doctor o de maestro.

Desde entonces mantengo un promedio de dos mil quinientas a tres mil plantas determinadas anualmente. Esto quiere decir que de 1979 para acá he determinado alrededor de sesenta mil plantas. No por nada sueño con ellas e incluso les hablé con cariño cuando se me ponen difíciles y no me quieren decir su nombre o el de la familia a la que pertenecen. A mí no me gustan tanto las plantas vivas, las prefiero muertas porque así terminan siempre revelándome sus secretos. ➤

